

redondo y tibio, le cubre
la peluza plateada
que brilla sobre el rostro de las vírgenes
y en las frutas caídas de las ramas;

y entre el pulido contorno
de sus carnes frescas, blandas,
como en el mármol del antiguo Abruzzo,
corren, menudas venas azuladas.

Ese brazo gime, sueña,
languidece, ríe, canta,
revela en el lenguaje de la línea
la luz de un cuerpo, la visión de un alma...

Y cuando vertió sus púrpuras
entre la copa labrada,
pensó el Califa en los harpones trémulos
que van al cuello de las corzas blancas,

y prosiguió distraído
(la copa ya rebosaba):
“La luz viene de Oriente,” dijo el moro,
“ruega, que tu salud está alcanzada.”

Y al ofrecer al magnate
l'honda copa torneada
como un seno, “a que bebas te conjuro,
dijo, el solo remedio que te salva.”

Y Al-Mojahed, el Califa
de la florecida barba,
de aguileña nariz y ojos tan negros
como el café de la felice Arabia,

Al-Mojahed, el Califa
de veinte años, en Granada,
no mostró ya los labios incoloros,
los ojos tristes, ni la frente pálida...

ENVÍO.

Si a las mías que la buscan
tu mística mano alargas,
alentará mi espíritu ya muerto
con la frescura de su amor, ¡oh Hada!

MELANCOLÍA.

(GRABADO DEL DURERO.)

¡ Oh vagos matices
de lánguidos grises
que ahuyentan la calma
si invaden el alma!
¡ Oh dolor sincero
de la Fantasía!
¡ Oh *Melancolía*
de Alberto Durero!

Cuadro que despiertas
las visiones muertas
que forjó el Anheló
para mi consuelo,
simbólica mano
con líneas febriles
trazó en tus perfiles
al Género humano!

La luz amarilla
que en ráfagas brilla
y apenas alumbra
la tibia penumbra,
dorando los muros
en negro recorta
la vieja retorta
de picos oscuros.

La Kábala eximia,
los trazos de Alquimia
fatigan la alfombra
cargados de sombra...
Y en negras marañas
sobre las paredes
se enredan las redes
de las telarañas.

Alada figura
de eterea blancura,
los séres olvida
de flores ceñida:
Yo finjo que vierte
su labio de diosa
la paz de la fosa
y el dón de la muerte.

La angosta persiana
de vieja ventana
sugiere sin tules
los cielos azules,
y sobre las alas
del lóbrego piélagó,
gigante murciélagó
sacude las alas.

Cual fijo en papiro
la piel de vampiro
despliega en la sombra
vocablo que asombra.
¿ Quién le escribiría
con burla macabra,
aquella palabra
de: "*Melancolía*" ?

¿ Es débil gemido
que anuncia el olvido,
o símbolo oscuro
que cifra el futuro ?
¿ Es la oculta clave
del amor humano,
o el ¡ ay ! de un gusano
que quiso ser ave ?

¡ Oh vagos matices
de lánguidos grises
que ahuyentan la calma
si invaden el alma !

¡ Oh dolor sincero
de la Fantasía !

¡ Oh *Melancolía*
de Alberto Durero !

Cuadro que despiertas
las visiones muertas.
que forjó el Anheló
para mi consuelo,
simbólica mano
con líneas febriles
trazó en tus perfiles
al Género humano !

CODICILO.

Sobre los sepulcros donde a los que fueron
envuelve la noche de la eternidad,
he visto coronas de extrañas figuras,
talladas en mármol, madera o metal ;

heladas coronas de flores inertes
y tallos sin vida que ignoran el sol ;
heladas coronas de flores exangües,
¡ de flores sin tedio, sin alma, sin voz !

* * *

¡ Tres años ! Miremos : la tumba desierta ;
la misma corona de yerto metal,
cargada de sueño, cargada de polvo,
cargada de insectos que vienen y van...

¿ Y el hombre ? — No ha vuelto. — ¿ La novia y el hijo ?
— No han vuelto : la esponja del Tiempo borró
la imagen del ido ; ¡ por eso dejaron
aquella corona sin alma, sin voz !

* * *

Señor imprevisto que llores mi muerte
(ausencias de un viaje por lóbrego mar
a tierras oscuras do lívidas momias
aspiran el opio de la eternidad),

no dejes que olviden al pie de mi tumba
coronas talladas en piedra o en boj;
anhelo guirnaldas de vívidas flores,
de flores con sangre, con alma, con voz;

de flores cogidas en esas mañanas,
abajo esmeralda y arriba zafir;
de flores que traigan sobre las corolas
el último beso del aura de Abril;

que canten el treno de mis agonías
en las horas breves, que lleven color,
y luego desprendan sus pétalos mustios
sobre las cenizas de mi corazón;

las quiero empapadas en tenue rocío:
como tengo el cáncer de la ingenuidad,
me persuadiría de que esa agua es lloro
de amigos y amigas (popularidad).

Señor imprevisto que llores mi ausencia,
no quiero en torturas tu afecto poner;
las flores son caras, muy caras, muy caras:
coronas pequeñas ¡diez pesos papel!...

¡No acepto coronas! Escucha: la Tierra
tiene asegurada su fecundidad,
no habrán de faltarle ni ortigas hirsutas,
ni el hispido cardo, ni el agrio zarzal;

y allí, bajo un palio de espinas simbólicas,
aguardaré — príncipe bajo su dosel —
que llegue la hora de explicar mi vida
al Crucificado de Jerusalén...

DIJO LA LECHUZA... :

Ave, por su fealdad aborrecida;
símbolo de desgracia y de reproche,
vivo a los esplendores escondida
y es mi imperio la sombra de la noche.

Y si duerme la aldea fatigada,
bajo la muda soledad tranquila,
sólo se oye una voz: ¡mi carcajada!
sólo un faro refulge: ¡mi pupila!

Cuando el sol, por los ámbitos del mundo
tendiendo va su roja cabellera,
¡cuántos me burlan con desdén profundo
y cuántos compadecen mi ceguera!

Pero si llega, ya vencido el día,
la noche con sus lóbregos enojos,
todos envidian mi falaz miopía,
todos, la perspicacia de mis ojos.

Imagen de la Fe que a los fulgores
de la razón esquiva su mirada;
pero sabe cruzar por los horrores
de la duda; vencer los estertores
de la muerte y mirar entre la Nada...

NIHIL.

Es esta la doliente y escuálida figura
de un sér que hizo en treinta años mayores desatinos
que el mismo D. Alonso Quijano, sin molinos
de viento, ni batanes, ni bachiller, ni cura.

Que por huir del vulgo, corrió tras la aventura
del ideal, y avaro lector de pergaminos,
dedujo de lo estéril de todos los destinos
humanos, el horóscopo de su mala ventura.

Mezclando con sus sueños el rey de los metales,
halló combinaciones tristes, originales,
— inútiles al síno del alma desolada.

Nauta de todo cielo, buzo de todo océano,
como el fakir idiota de un oriente lejano,
sólo repite ahora una palabra: ¡ Nada!

A UN AMIGO MUERTO.

Tú, mancebo gentil, simulaste de Antino
los hados y la gracia, y a tí como al romano
de los días soberbios del munífico Adriano,
te arrebató al Imperio ávido torbellino.

¡ Cuán ágiles tus horas! ¡ Qué lóbrego tu síno!
La rosa de la Vida se deshojó en tu mano,
y, al proferir tus votos, el Azar inhumano
rompió tu copa de onix y derramó tu vino...

Quiero cifrar lo adverso de tu horóscopo, adusto
como la invicta noche, y al esculpir tu busto
melancólicamente bello, un dolor tranquilo

agregaré al encanto de tus gracias ambiguas,
y evocará tu hechizo las fábulas antiguas,
y a aquel pálido efebo que se ahogó en el Nilo...

A ERASMO DE ROTTERDAM.

“Pintó Hans Holbein,” dice la envejecida tela
que a cierta ciudad muerta me fuí a buscar un día,
por ver ¡oh padre Erasmo! la búdica ironía,
que de tu boca fluye, que tu desdén revela.

Si tú del polvo alzaste la derribada Escuela
porque a regir tornase la helénica armonía,
¿cómo en la mustia boca de la melancolía
tus labios aprendieron ese reír que hiela?

Enfermo que en mí fijas tus ojos de fantasma:
el frío de tu estéril desilusión me pasma;
atas mi sér y domas, ascética figura

que vas entre los mártires de mi martirologio,
y vuela con tu nombre la voz de mi eucologio,
¡oh cuerdo que tu elogio le diste a la Locura!

PATMOS.

En esa hora muda en que el alma asesina
al cuerpo, en el olvido de su mansión escueta
luchaba con el verbo indómito el Poeta,
a los desmayos de una lámpara mortecina.

Perseguía el misterio de la rosa y la espina,
la extraña paradoja de la inquietud secreta
que no desarmoniza la faz aunque indiscreta
asome una sonrisa falaz que la ilumina.

En ese instante esa alma debió dar la figura
del árbol milenario de una extraña llanura
solitaria, en el brote de su virtud suprema,

porque un águila prófuga, de golilla erizada,
vino al vate, y el vate con la mano crispada
¡le asió una pluma para escribir su Poema!

AMOR FATI.

Me resigno al combate; poco importa la dura
y negra alternativa que el combate me guarda;
me batiré con sable, con honda ó alabarda,
sin esquivar contrarios de gigante estatura.

Fe no tengo en mis sueños, mi sutil contextura
se romperá como una hoja, mi sien no barda
el casco, ni mi pecho, una cota gallarda,
y, no obstante, me llevo cantando a la llanura.

— ¡En guardia! Un golpe, un tajo, un grito... Ya
mis ojos
ven el río de sangre, y entre lábaros rojos,
rojos como mis sienes, avánzase la Muerte,

la mirada impasible. Mi ademán es tranquilo,
y me desplomo bellamente bajo el filo
¡en el bárbaro sitio que me fijó la suerte!

ESFINGE.

(A M. G.)

Todo en tí me conturba y en tí todo me engaña,
desde tu boca, donde la pasión se adivina
que empurpura los pétalos de esa rosa felina,
hasta la rubia movilidad de tu pestaña.

Todo en tí me es adverso, tu sonrisa me daña
como un hechizo, y en tu plática divina
por un campo de flores la falacia camina
fríamente cual una ponzoñosa alimaña. (1)

Con tu rostro de mártir eres una venganza.
Tus manecitas estrangularon mi esperanza,
y es tu flor un euforbio semioculto entre tules.

Tu lámpara alimentan alas de mariposa,
arda en ella este verso que me inspiró tu prosa:
¡eres una mentira con los ojos azules!

(1) Reminiscencias de Góngora. — N. del A.

ELLA.

Sumida entre la lóbrega cantera
de mi cerebro calcinado, pura
como el diamante en el carbón, fulgura
su faz como la ví por vez primera.

Y, cual rendido lapidario, espera
mi amor, ciña la humilde vestidura
en que hoy envuelvo su ideal figura
de artista, de mujer y de hechicera.

Si algo palpita en mi Poema, gota
de agua en el arenal, si deja huella
o consigue ligar un alma rota;

si desgarras las sombras la centella
de un verso — luz que en el olvido flota,
es su lejana irradiación: ¡ es Ella!

EN UN ALBUM.

Hay Damas que nacieron para mostrarse un día
ceñidas en coronas de lírico florón;
para vivir tus sueños, gentil Caballería,
en brazos de un mancebo de golas y toisón:

Nacieron bajo el astro de la Galantería
a perfumar un siglo, como la Maintenon,
o ennoblecer su tribu con la raza bravía
que mancha de cien águilas el oro de un blasón.

Hay manos que pudieran regir con áureas bridas
el cisne que conduce las almas elegidas,
¡ por lagos perezosos, a olímpico País!

Hay dedos que transforman cuanto palpan sus yemas:
en gemas los guijarros, las prosas en poemas,
¡ y la flor de los trivios en heráldico Lis!

POPAYÁN, octubre, 1902.

TELEPATÍA.

(A Rafael Pombo, en su coronación.)

Estoy lejos, muy lejos de tu fiesta encantada,
pero lleno mi espíritu de tu sér, de tu gloria
y de tus versos, música de una flauta ilusoria
que arrulló muchos sueños de amor con su tonada.

Estas horas propicias son la nube dorada
de tu ocaso, una chispa vivaz sobre la escoria
de tu vejez y el broche de luz que ata una historia,
meta de oro en el tardo final de tu jornada.

Te coronan. Yo, lejos, pienso en tí bajo un roble
cuyas hojas el agua se las lleva cantando
de onda en onda hasta el linde más ignoto del mundo;

les consagro a tus glorias este símbolo noble
del árbol y del agua y las hojas de blando
rumor, del mar, del polo y el misterio profundo...

PAX NOBIS.

(A un Pastor de almas.

El divino reflejo de la antorcha de Roma
ilumina tus sienes y tu mano preclara;
apacienta el rebaño que el Señor te depara;
vuelca tu pomo henchido de celestial aroma.

¡No mimes el azor, vuélvenos la paloma!
nuestro hermano está fuera del templo... si ante el ara
dejamos el rencor que las almas separa,
otra vez la faz mansa de Jesucristo asoma.

Mansedumbre, paciencia, caridad y dulzura
flores fueron nacidas de la llaga de Cristo:
¿hay violencia feliz que su amor no destrone?

Esa fuerza a tus días mil coronas augura,
quien no ha visto su luz la alegría no ha visto:
¡el futuro será de quien ame y perdone!

¡OH PAGANISMO!

El párpado sangriento despliega, ¡oh gran Vencido
y a conquistar el Orbe levántate: ¡ya es hora!
que Apolo tienda el arco de punta voladora,
y el éter cruce alada la flecha de Cupido.

Pararon nuestros puños las aguas del Olvido
para librar el Monte que iluminó tu aurora,
y la perdida línea, del mármol vencedora,
¡robámos a las zarzas del Partenón caído!

Circúnde, oh Numen fuerte, tu indómita cabeza
la dórica guirnalda. Devuélve la Belleza
a su llorado bosque de mirtos y de palmas;

el hombre gime: arráncalo al espinoso yugo,
sus cálices llenando de aquel extinto jugo
¡que remozó los cuerpos y deleitó las almas!

EL TRIUNFO DE NERÓN.

Al jonio carro uncidos con áspera cadena
los férvidos corceles presienten la fatiga,
y el ojo atento al brazo del coronado auriga,
escarban el estadio, sacuden la melená.

De las broncíneas trompas por la candente arena
la voz el viento expande, que la inquietud mitiga,
y con los ojos fijos en la imperial cuadriga,
el pueblo de la Loba los ámbitos atruena.

Sobre el marfil luciente de la carroza erguido,
Nerón la gloria ostenta de su oriental vestido.
Alzando el haz de bridas, con indignada mano

vibra la fusta. El grito de la victoria sube...
y entre el dorado cerco de polvorosa nube
se borra el grupo móvil en el confín lejano...

LA MEDALLA DE CESAR.

Para que muestre el Calvo su faz a las edades,
en oxidado bronce le copia la medalla
donde semeja un grifo de gigantesca talla
que desplumó sus alas contra las tempestades;

Ese laural que ciñe fue el dón de mil ciudades
rendidas a sus huestes; esa vetusta malla
domó de Vercingétorix las iras, la muralla
de Alesia, el negro Egipto, la raza de Milciades.

Por el reverso alternan los trigos en gavilla
con las redondas fasces y la marcial cuchilla
— mellada, corta y ancha — que desató la muerte;

y al pie, como talladas por áticos buriles,
nos dicen altas letras de itálicos perfiles:
“¡A tí la Gloria, oh Cesar, el Inmortal y el Fuerte !”

OVIDIO EN TOME.

*Roma domusque subit, desideriumque locorum
Quidquid et amissa restat in urbe mei.*

OVIDIO. — *Tristes.*

I.

EL PAÍS GÉTICO.

Nubes grises de lánguido celaje,
pampa estéril que enturbia la neblina,
rectos picos do el ábrego domina
y chilla brava el águila salvaje.

Allí, bajo los pinos sin ramaje,
sueña el cantor de la Ciudad Latina,
bañado por la lumbre mortecina
que desmaya en las nieves del paisaje.

Es el húmido reino de lo blanco:
irradia sobre el liquen del barranco
y en el oso felpudo de amplia jeta,

sobre la mar — si en los cantiles choca —
sobre la frente de la calva roca
y en los lacios cabellos del poeta.

II.

LA SÚPLICA.

Pide a Jove una ráfaga de lumbre
para triunfar sobre el nevado bloque;
pámpano fresco que el erial retoque
y peplo azul para la gris techumbre;

fuentes do juguetona muchedumbre
de Náyades el Sátiro convoque,
o egipcio loto que a olvidar provoque
los Siete Montes de dorada cumbre...

Desoye el Numen su lamento. Lloro
ya recogido a las moradas yertas;
y al contemplar el coronado busto

que en mármol frío la mansión decora,
piensa que el Divo de pupilas muertas
¡ le mira sin cesar con ceño adusto!

III.

NOSTALGIA.

“ Ya bajo el templo, en holocausto puro,
no veré más — entre virgíneo coro —
doblar mugiendo la cabeza el toro
que en sangre tiña el pavimento obscuro; ”

“ ni en mi jardín de festonado muro
vendrá a mis brazos la mujer que adoro,
el pie cautivo entre sandalia de oro
y al aire el mármol de su seno duro. ”

“ ¡ No vibrará sobre mi tumba el sistro
con voz alegre de estival encanto,
aprendida de pájaros traviesos!

“ En las calladas márgenes del Istro
el polvo estéril que mojó mi llanto,
¡ helado rodará sobre mis huesos! ”

TURRIS EBURNEA.

¡ Abreme, Torre de marfil, tus puertas!
El mal y el bien, los hombres y la Vida
a tí no alcanzan, ni el amor que olvida
roba tu paz con esperanzas muertas.

Al crítico Satán, las aras yertas
y el mustio libro tu dosel no anida;
ni a la tribu de lengua dolorida
asilaron tus bóvedas desiertas.

Vive a tu amparo la Belleza: muda,
impasible, glacial; última diosa
que ornó de mirto el amoroso griego;

yo — como el ave que Minerva escuda —
quiero en la lumbre de su faz radiosa
¡ apacentar mis círculos de fuego!

HOMERO.

Hasta el Olimpo que la Tierra llora
subió de tu cantar la melodía,
volando en el crepúsculo del día
con voz que a Grecia de laurel decora.

Avido fuego que la mies devora,
sueñas de Aquilés la pasión bravía,
y los ojos de Eurímaco vidría
la saeta de Ulises vengadora.

Es un invierno tu cabeza. Mancha
un piélago de sombras el camino
que el ritmo puro de tu canto llena;

Verde corona tu perfil ensancha,
y vas — manso cantor de lo divino —
asido al brazo mórbido de Helena...

PIGMALION.

En líbico marfil tallas tu sueño
de amor, la ninfa de tu sér exalta,
y entre labios de olímpico diseño
flores de perla tu buril esmalta.

Sufres; el bloque de mirar risueño
donde la fiebre de la vida falta
yace inmóvil: la sangre de tu dueño
bajo las curvas gélidas no salta.

Atiende el cielo tu clamor. "Resurge,"
Apolo clama; la beldad esquiva
tórñase carne y a la vida surge;

La besas bajo el ático plafondo,
y entre la red de su pestaña viva
hallas lo Azul sin límite ni fondo...

EL CUADRO DE ZEUXIS.

Sobre losas de pórvido camina
una frondosa vid; el sol de Oriente
los racimos de púrpura luciente
y los húmedos tallos ilumina.

El brillo de las hojas, la divina
locura de los ramos, dulcemente
suspiran por el mármol de una frente
y las jónicas ánforas de encina.

Vierte aromas tu vívida pintura,
toda miel, toda luz. ¡Cómo fulgura
esa viña de pámpanos hojosos

do — cautiva de ingenio soberano —
pica las uvas que trazó tu mano
una banda de pájaros golosos!

DECADENCIA.

En el paterno muro, condenada
de avaro olvido a la venganza muda,
al cordón polvoriento que la anuda
se enreda la panoplia abandonada.

Largo reposo aletargó la espada
y el casco viejo de cimera ruda;
lima el tiempo la daga que, desnuda,
contuvo, al paladín de sien crinada.

¡Pasó la noble stirpe! El hijo enclenque
trueca en establos lo que fue palenque,
las hojas de Damasco en asadores,

y ve impasible — pues luchar no pudo —
caer deshecho el abollado escudo
del orín a los tajos vencedores!

MOISÉS.

I.

LA ESTATUA.

... Y dijo al mármol: ¡vive! De las entrañas duras surge el Profeta irguiendo su centenario busto con las pupilas hondas, inmóviles y oscuras cavadas en el hielo de su semblante augusto.

Las sienes, calcinadas del rayo en las alturas, la planta, vencedora del arenal adusto, y de su añosa barba las vívidas alburas la majestad le dieron de un Hércules vetusto.

Ceñido el rudo torso de piel sedeña, un manto veló, de níveos pliegues, su gigantéz de roble; con musculosos dedos asió la ley del Santo

sobre ancha piedra escrita; y en ademán sereno, alzada al infinito quedó su faz inmoble, como escuchando el sordo repercutir de un trueno...

II.

EL SÍMBOLO.

¡Salve pujante macho! Vigor de primavera erige en altas curvas tu carne floreciente, y porque al mundo asombre tu ancianidad de fiera a Pan de Arcadia robas el nimbo de tu frente.

Tú cifras, como el hombre que vió la luz primera, la sangre de los brutos y la divina mente: en tí palpita el Iáveh de la estrellada esfera y en tí destella el Fauno de la pagana gente.

Eres Fuerza, eres Alma, eres Valor tranquilo: en tí se humana el Kosmos; tus brazos de gigante saciaron de aguas vivas los áridos desiertos.

¡Cómo olvidarte, oh viejo libertador del Nilo, si el tiempo nos mediste con eternal cuadrante, si desgarró tu mano la noche de los muertos!

LA MUERTE DEL CRUZADO.

El sol con vivos lampos reverbera
sobre el desierto, y en su luz quebranta
el lomo de Teobaldo, cuya planta
paró el dolor en su marcial carrera.

De sed, que lo ardè en invisible hoguera
ceñido lleva el áspid su garganta;
¡y está muy lejos la colina Santa
donde la gloria del Señor lo espera!

Febril delirio ante sus ojos vierte
una nube de turcos; entre escombros,
de corvo alfange se defiende listo:

y al respirar las auras de la muerte,
¡mirad — murmura — en mis fornidos hombros
el rescatado túmulo de Cristo!

S U R S U M .

Pálido cirio su plegaria reza
delante del altar; un incensario
alza nubes, y llora el campanario...
¡voluptuoso ambiente de tristeza!

Allí, como el galán de la Pobreza,
descansa en el Señor un solitario,
que entre las negras fauces del osario
dejó caer su lánguida cabeza.

.....

¡Dadme a gustar la miel de lo divino,
dadme a leer el viejo pergamino
con sus himnarios de perfiles rojos:

quiero subir a la impasible altura
donde se ahoga en luz la noche oscura
¡y mira Dios con sus azules ojos!